

GUILLERMO WIEDEMANN: Una visión del paisaje tropical

Por:
MARIA ELVIRA IRIARTE

En varias ocasiones se ha recalcado el valor de la pintura paisajista dentro del marco general de las artes plásticas nacionales. En ese contexto, el nombre de Guillermo Wiedemann, alemán de origen, representa un capítulo sobresaliente. Su aporte fue oportunamente señalado por voces como las de Marta Traba y Eugenio Barney. Sin embargo, no huelga insistir un poco sobre el tema.

La pintura de Wiedemann tuvo dos capítulos cuyo límite se sitúa en torno a 1957-58. El primero concierne a su producción figurativa; el segundo, al expresionismo abstracto, mejor conocido y al cual el nombre del pintor aparece generalmente vinculado.

En realidad, del período inicial se conoce relativamente poco. No existe crónica escrita. Las indicaciones biográficas sobre el tema se reducen a unas líneas. La historia, como escribió ya hace un tiempo para *Arte en Colombia*¹, hay que recuperarla con apoyo en los recuerdos de algunas personas que compartieron con Wiedemann los pasos primeros de su nacionalización. El trámite legal se formalizó en 1946. Wiedemann había llegado al país en el '39. Entre otros, casi todos europeos vinculados de tiempo atrás al país, Casimiro Elger siguió muy de cerca el lento proceso de adaptación del alemán a nuestro medio. A Don Casimiro debo valiosos datos.

Wiedemann nació en Munich en 1905, en el seno de una familia católica de la alta burguesía. Sabemos que hacia 1922-25 se había puesto en contacto con el grupo de la *Nueva Sección*. Predominaba allí el expresionismo figurativo, que debió enriquecer las lecciones de la Academia estatal en la cual se formó el artista. De todas maneras, su trabajo posterior es fundamentalmente expresionista, primero en el campo de la figuración y luego en el de la abstracción. Su biografía menciona, sin dar detalles, viajes a Italia, París, Viena y los Balcanes². Estuvo luego en Berlín dos años, y cuando el clima espiritual de Alemania se hizo irrespirable bajo la censura del nacional-socialismo, decidió exatriarse. Desembarcó en Buenaventura en el '39, como ya dije, con veinte marcos en el bolsillo. Al salir de Alemania dejó todo: posición, relaciones, familia, las etapas iniciales de su trabajo como pintor.

Que viniera a dar a Colombia se debió a la amistad que había trabado, algunos años antes, con un colombiano de ascendencia alemana, el Sr. Otto Moll, nacido en Cúcuta de padre alemán y madre venezolana. El señor Moll adelantó estudios de ingeniero en Alemania. Paralelamente aprendió fotografía de arte y por eso conoció a Wiedemann. Terminados sus estudios, Moll regresó a Colombia, en donde se radicó varios años antes de que estallara el conflicto europeo. El fue quien animó a Wiedemann a emprender su aventura americana.

De Buenaventura, Wiedemann subió a Bogotá. No hablaba entonces español. Se instaló modestamente como huésped en la casa del fotógrafo Mandowsky y muy paulatinamente se fue rodeando de un grupo de amigos. La gran mayoría, compatriotas radicados de tiempo atrás en el país. Entre ellos y otros miembros de las colonias centro europeas, dictaba clases de pintura y dibujo. En esa actividad conoció a su futura esposa, entonces embajadora de Polonia ante el gobierno colombiano. Aclaremos que el matrimonio se llevó a cabo años después de muerto el primer marido de doña Cristina.

Recién instalado, recuerda Casimiro Elger, comenzó a trabajar pequeños paisajes, apuntes rápidos de una naturaleza que lo asombraba y lo fascinaba. Las vendía "por dos cantavos" o las regalaba a sus amigos. El lenguaje pictórico que traía de su formación alemana se adecuaba perfectamente a su visión de los temas que le subyugaban: el trópico.

Muy pronto comenzaron los viajes a tierra caliente. Primero a Melgar -todavía perfectamente virgen de las avalanchas de turismo que hoy la caracterizan, luego a Purificación, Tollima. Más tarde a Puerto Tejada, en el Valle; a la selva chocana; a las poblaciones negras de Bolívar; a Cartagena. Wiedemann era un viajero incansable. Cada año emprendía su peregrinación a tierra caliente -ni la altura, ni la montaña le gustaron nunca- y volvía cargado con un montón de anotaciones, boquetes para óleos, acuarelas y apuntes que retomaba en su estudio de Bogotá.

Durante todos los años en que su pintura se movió en el campo figurativo, la confrontación reiterada con el paisaje del trópico y sus gentes le sirvió como hilo conductor. De una pintura descriptiva, vibrante de emoción, asombrada, Wiedemann va pasando -sin esfuerzo se diría- a una expresión mucho más profunda, más esencial, mediante la simplificación del vocabulario plástico. Las manchas nerviosas de los años iniciales que recogían formas, colores e impresiones luminicias, se simplifican, crean en relación a los formatos del soporte, se independizan de la línea de contorno, se enriquecen con un elemento gráfico trazado con color, o rayado sobre la mancha con el cabo del pincel. La geografía y los negros de Wiedemann se vuelven esencias.

"... pintores venidos del Viejo Mundo como Wiedemann desbrozan los caminos de la realidad absoluta para obtener la esencia definitiva, permanente, exacta, abstracta y general de la circunstancia (geográfica), sin mengua, empero, de los únicos valores que califican como tal a la obra artística: los pictóricos para el caso particular de la pintura."³

Esta etapa de la pintura de Wiedemann coincide bastante exactamente con los años del apogeo artístico de la generación de los "Modernos". Ya en el 40 (Wiedemann expuso por primera vez en el 41) y por lo menos hasta el 55 la primera plana de la pintura nacional la ocupaban, entre otros, Ignacio Gómez Jaramilla y Pedro Nel Gómez. Carlos Correa, Ariza y Acuña, Martínez Delgado y Sergio Trujillo. Ellos tradujeron en su obra la inquietud nacionalista, vernacular, que sacudió toda América desde los años 20, originada principalmente por el caso mexicano. El clima de esos años estuvo decididamente orientado hacia la búsqueda de un "nacionalismo artístico". Temáticamente, pues, la obra del alemán encaja en la gran inquietud de su época.

Plásticamente, sin embargo, el trabajo de Wiedemann no pueda compaginarse con el de sus contemporáneos colombianos. Sus lenguajes resultan incompatibles y distantes. Al trasechado post-impresionismo que es, al fin y al cabo, la fuente de los colombianos, se enfrenta con indiscutible ventaja la forma suelta, ágil, sintética, del alemán. Aún si se compara su expresionismo con el de Correa, quizá el más virulento del grupo, o con el de Pedro Nel Gómez, los colombianos resultan más expresionistas de tema que de vocabulario plástico. Habría que buscar una de las razones profundas de esta diferencia en los ancestros artísticos de unos y otros? Los colombianos proceden de fuentes francesas, italianas o españolas, mediterráneas y orientadas hacia lo clásico, al fin y al cabo. El eco romántico de los grandes paisajistas del siglo XVIII no es sensible en su trabajo. La tensión del transtondo cultural germánico respalda a Wiedemann. Y en este sentido, el paisaje sigue siendo para él un estado anímico antes que una descripción.

Hombre tímido por naturaleza, discreto por carácter y educación Wiedemann nunca pretendió hacer pintura nacionalista. Resulta explicable que sus paisajes de tierra caliente, totalmente ajenos a la retórica y al discurso extra-plástico, no fueran del agrado de sus colegas de la generación de los años 30. No

conozco comentarios escritos al respecto, pero la memoria de quienes vivieron esa etapa recuerda los ataques que le hicieron al alemán. Durante años, los medios artísticos de Bogotá, las tertulias que entonces se estilaban, permanecieron cerrados para el pintor.⁴ Sus verdaderos amigos serían, más tarde, los artistas de la generación de Obregón, que asimiló a Wiedemann casi a los quince años de diferencia con los mayores del grupo: Grau, Obregón mismo y Negret. Ya para entonces, al final de la década de los años 50, la beligerancia del nacionalismo a rajatabla estaba bastante menguada. La contienda tenía lugar entre la figuración y la abstracción.

Y el nombre del pintor alemán se va a vincular a la abstracción, a la cual ha llegado en un proceso lento, de años, y en la que va a ser legible un eco del sentido paisajista de su primera etapa.

NOTAS

1. María Elvira Triarte. 'El regreso de Wiedemann'. *Arte en Colombia* No.13, Octubre de 1980, p^o 68 a 71.
2. Datos biográficos en *Wiedemann*, publicado por su viuda en Bogotá, 1970.
3. Eugenio Barney Cabrera. *Geografía del arte en Colombia*, Min. Educación, Biblioteca de Autores Contemporáneos, Bogotá, 1963, p. 257.
4. Este ostracismo no se extendió a las salas de exposiciones. Wiedemann expuso en el 41, luego en el 45 y de allí en adelante, prácticamente todos los años, en forma regular.

